



Seminario Filosófico Salesiano
"Sagrado Corazón de Jesús"
Priego de Córdoba-España

Priego de Córdoba, 1-8-69.

Queridos hermanos: Un miembro más del pueblo de Dios y de nuestra Congregación ha llegado a la Casa del Padre. El

Rvdo. D. Justo MIRANDA VAZQUEZ

concluyó su caminar terreno el 18 de junio de 1968, en Madrid, a los 75 años de edad, 57 de profesión y 48 de sacerdote.

Dado sus diversos achaques: reuma, glucemia, enfermedad de Parkinson, a nadie hubiera extrañado una complicación o proceso agudo y llegar a la pérdida de la vida como consecuencia de sus enfermedades crónicas; el fin, sin embargo le sobrevino por diversa causa: una hemorragia cerebral varios días después de la intervención quirúrgica que en sus primeros momentos había superado airoosamente.

Enterado de que en Madrid se operaba de la enfermedad de Parkinson, acudió a dicha capital por si podía ser objeto de tal intervención. Los doctores encontraron una dificultad seria para operarle: exceso de glucosa en sangre; para reducirla le prescribieron un plan muy rígido que él supo cumplir perfectamente.

Sometido al tratamiento varios meses volvió a Madrid; tras los análisis oportunos el cirujano estimó que estaba en condiciones de ser intervenido. Yo no lo esperaba; fue para mí una sorpresa recibir una llamada telefónica en que se me notificaba que dentro de unas horas en traría en el quirófano; en tan poco tiempo me resultaba imposible salvar la distancia Priego - Madrid para poder estar presente y a su lado en esos momentos.

La operación se efectuó en su primera fase el día 11; desde dicho momento quedó libre del temblor nervioso que afectaba a la parte derecha de su organismo y de modo muy intenso a la mano del mismo lado. Inmediatamente se nos comunicó el resultado positivo de la intervención.

No extrañó que los tres primeros días permaneciera inconsciente y sin pronunciar una sola palabra; es cosa ordinaria entre los operados de dicha enfermedad. Pero comenzaba a llamar la atención que el cuarto día no reaccionara ni saliese de su inconsciencia.

El día 17, de madrugada, le sobrevino una hemorragia cerebral que hizo perder toda esperanza de recuperación. El capellán del sanatorio le administró la unción de enfermos.

Avisado de la gravedad, me puse en camino; al llegar a Madrid y personarme en el Sanatorio le encontré en estado de postración de días anteriores, algo más agudizado.

Al parecer, el estado de inconsciencia, que se prolongó por todo el período post-operatorio, le libró de sentir los sufrimientos y percatare de la inminencia de su muerte. Esta le sobrevino el martes 18 de una manera tranquila; estaba asistido en ese instante por el que suscribe y dos estudiantes de filosofía de nuestra comunidad. Me apresuré a darle la absolución, la bendición papal «in articulo mortis» y hacer la recomendación del alma. (No podía sustraerme a la idea de que pagaba con la misma moneda al que años atrás había tenido este acto de caridad cristiana para con mi madre (q. e. p. d.).

Momentos después era trasladado al Colegio de Atocha y se celebraba la primera misa de requiem por el eterno descanso de su alma. Al mismo tiempo se comunicaba la noticia del fallecimiento al P. Inspector y al Filosofado de Priego.

Apenas conocida la noticia en Madrid acudieron diversos hermanos; la comunidad de Atocha rezó las oraciones en la capilla ardiente; invitado a dar las buenas noches me pareció oportuno recordar el pensamiento del salmista: ¡qué bueno es convivir los hermanos unidos! En efecto, si esta es una realidad consoladora en el seno de ciertas comunidades y en determinadas fiestas, lo es mucho más en esos momentos de dolor en que se está más precisado de afecto. La misma comunidad de Atocha veló el cadáver durante toda la noche.

A la mañana siguiente se intensificó el desfile de salesianos e hijas de María Auxiliadora de las diversas comunidades de la capital.

El Sr. Inspector se desplazó desde Córdoba, al que acompañaba un A.A. muy afecto al querido D. Justo, y asimismo el P. Vicario de la comunidad de Priego.

La tarde del 19 tuvo lugar la misa exequial en la parroquia de Atocha y a continuación la conducción del cadáver al panteón familiar salesiano de Carabanchel Alto; diversos grupos salesianos le acompañaron; durante el enterramiento hicieron también acto de presencia un grupo de aspirantes a coadjutores de aquel sector madrileño.

El salesiano. Conservo en mi poder algunos testimonios de antiguos alumnos suyos; a pesar de haber quedado muy atrás los años de su formación escolar guardan un recuerdo vivo de su interés y competencia por conseguir lo que D. Bosco nos propone como meta: formar buenos cristianos y honrados ciudadanos. Textualmente dice uno: «Recuerdo las veces que él me retenía, juntamente con otros compañeros de clase después de terminadas éstas, y los consejos que vertía sobre nosotros de forma privada, que hacían de aquel grupo de alumnos nos uniéramos más entre nosotros y tuviéramos una vida mejor en el aspecto moral y espiritual y que tanto ha influido en el transcurso de los años en todos nosotros. Mis padres me han referido después las conversaciones que éstos mantenían con él respecto a mí; que los llamaba para informarles de mi marcha colegial y manifestarles su deseo de que estudiara una carrera universitaria (esta orientación hacia los estudios superiores habla más elocuentemente de su interés, dado que por aquella época no todos tenían fácil acceso a la universidad y se consideraba más bien una prerrogativa de clases sociales privilegiadas)... Aunque de carácter un poco brusco fue para mí un profesor de los que, desgraciadamente, carecen mis hijos, que se educan en el mismo Colegio que yo me eduqué.

Es también otro antiguo alumno suyo el que en pocas palabras expresa lo que para él y sus compañeros fue D. Justo: «...Veneraré siempre estos recuerdos asociándolos a los de la niñez, cuando recogía las enseñanzas del padre recto que fue toda su vida y a quien debo lo poco que soy; y sobre todo que formó mi conciencia que, en fin de cuentas, es para mí lo que más importa».

Contar con los superiores. Algunas cartas que conservaba eran testimonio de cómo en los momentos de mayor importancia consultaba y no tomaba decisión hasta tener el visto bueno de los superiores. Yo soy testigo de que a mí mismo me ha pedido permisos que casi me humillaban al verle, a sus años, solicitando mi consentimiento para cosas de poca trascendencia, siendo así que me había conocido incluso antes de permanecer yo a la Congregación.

Confesor. Varios años le fue encomendada por la obediencia esta delicada misión. Consciente de su responsabilidad sabía cultivarse y mantener una preparación adecuada en el contacto con los libros. En sus últimos años, aun cuando ya no confesaba en la Iglesia, podía encontrarse en su cuarto al confesor experto y competente.

He nombrado antes la gratitud como una de las virtudes humanas características del querido D. Justo. También yo debo hacerla patente aquí.

En primer lugar al clérigo Don A. César Fernández, que, a lo largo del curso 67-68, fue en Montilla para D. Justo un auténtico ángel de caridad. En segundo lugar a los estudiantes de Filosofía de Priego que en el curso siguiente supieron sacrificar recreos y ratos de asueto para acompañar y atender a nuestro enfermo. Apenas destinado a nuestra comunidad varios de ellos se me ofrecieron voluntarios para cuidarle;

Palmas, prefecto y catequista. Ronda, Ecija, Morón y Granada, confesor. Y ya más anciano y enfermo en la «Casa de D. Bosco» de Ronda, en Montilla y Priego.

Gran parte de su trabajo, como el de tantos otros salesianos, habrá quedado un poco en el anonimato para los hombres; pero sin duda muy tenido en cuenta por Dios.

Señalaré, a manera de ejemplo, algunos de sus rasgos más salientes; son simples detalles de su rica personalidad en los aspectos humanos, religioso, sacerdotal.

Amor a la naturaleza. Mostraba una sensibilidad exquisita ante los dones de Dios. Sentía una predilección especial por las plantas; animaba a preocuparse de ellas y a que se atendieran con esmero los jardines. El mismo llevaba a cabo no pocas veces el cultivo personal de las plantas y riego de macetas.

Agradecimiento. Bastaba recibiese la menor atención para que nunca dejara de mostrar su gratitud. Manifestó su satisfacción y reconocimiento por la delicadeza del P. Inspector en poner a disposición de él el coche inspectorial en sus desplazamientos a Madrid; me encareció mucho lo hiciera patente. Ponía especial cuidado en mostrar este agradecimiento a las personas ajenas a la comunidad.

Educado y muy correcto en su trato social. Su estancia en balnearios para combatir el reuma le granjearon amistades que conservaban de él un grato recuerdo y que lo manifestaban en la correspondencia que con él mantenían.

Disciplinado, constante y puntual. Mostró estas cualidades hasta en el último período de su enfermedad; cuando en Madrid le sometieron a un plan tan rígido en medicinas y alimentación que habrían hecho flaquear a un carácter voluntarioso, él lo cumplió por seis meses con perfecta fidelidad; logró así reducir la concentración de glucosa a unos límites que no había conseguido desde que comenzó a aquejarle tal dolencia; (no olvidemos que ésto es más de admirar en un diabético). Señalada la hora de la misa llegaba siempre con antelación necesaria para comenzar a la hora exacta; y esta misma fidelidad al horario la mostraba en los demás actos comunitarios.

Capacidad de sufrimiento. Difícilmente podemos hacernos cargo de lo que le hicieron sufrir sus achaques, especialmente la enfermedad de Parkinson. Determinados ruidos tenían intensa repercusión en su sistema nervioso; y muchos de ellos eran absolutamente inevitables. En su período más agudo, a consecuencia del intenso temblor de sus manos, tenía que valerse de los demás para que le dieran de comer y beber y le escribieran las cartas. Con ello hasta sus necesidades y sentimientos más íntimos estaban a merced de los demás. No podía tener el consuelo de solazarse con una lectura continuada, ni esparcimientos cinematográficos, televisivos, por acusar cansancio sus ojos y no resistir imágenes en movimiento. En sus últimos años debió dejar de decir la misa y confesar en la Iglesia. A pesar de todo ello, no le oí quejarse.

En el Seminario Filosófico de Priego, bajo la presidencia del mismo P. Inspector, tuvo lugar un solemne funeral; numeroso público afecto a la incipiente obra salesiana llenaba la Iglesia. La celebración litúrgica tuvo el realce que sólo se puede conseguir en esta clase de Centros; saliendo del templo varias personas comentaban: «da gusto morirse para poder tener un funeral así».

Unas misas gregorianas celebradas por su eterno descanso nos pareció el mejor ofrecimiento que podíamos presentar al Padre por el hermano que nos había dejado. Asimismo para recabar la pronta oración de toda la España salesiana se dirigieron tarjetas postales con la noticia a todas nuestras Casas.

Es fácil transcribir los últimos instantes de un salesiano que muere; pero es sumamente difícil resumir en unas líneas años de vida religiosa y sacerdotal; máxime cuando ésta ha sido larga en tiempo y obras.

Nació D. Justo en Barracel (Orense) el 27 de mayo de 1893 de familia profundamente cristiana. Procedente de la dulce Galicia, toda su vida salesiana la pasó en las inspecciónes del Sur. Para elogiar el trabajo y la identificación de estos hombres en las inspecciónes de Sevilla y Córdoba bastaría recordar a los queridos y llorados D. Gregorio Ferrero y D. Antonio Espinosa.

Adolescente aún ingresó en el aspirantado de Ecija el 25 de septiembre de 1906.

En S. José del Valle, donde tantas generaciones han «bebido la savia salesiana» verificó su noviciado; D. Pedro Ricaldone impuso la sotana a aquella promoción del curso 1910-1911 que él coronó con la emisión de los votos el 8 de septiembre, fiesta de la Virgen.

En el mismo San José del Valle cursó sus estudios filosóficos desde los años 11 al 14.

El Colegio de la Santísima Trinidad de Sevilla fue el lugar de sus primicias apostólicas y el marco de su profesión perpetua en la fiesta de María Auxiliadora de 1919.

Perteneció a aquellas generaciones en que la Congregación se vio precisada a pedirles el sacrificio de compaginar su preparación sacerdotal con la actividad educadora del salesiano en pleno rendimiento. Carabanchel Alto y Sevilla, de nuevo, fueron la sede de su formación teológica.

Recibió la ordenación sacerdotal en Málaga, el 20 de junio de 1920, de manos de D. Manuel González, el «obispo del Sagrario abandonado».

Su vida de sacerdote discurrió en diversas casas, ocupando los más variados cargos:

Ronda, Sevilla, catequista. Las Palmas, prefecto. Cádiz, catequista. Montilla, encargado del externado. Córdoba. Carmona, catequista. Las

sin duda que le hicieron más llevadera la prueba de no poder valerse por sí mismo. De modo especial quiero expresar esta gratitud al filósofo D. Sebastián Sánchez escogido entre los voluntarios para que le asistiera con más asiduidad. Sobre él recayeron también los cuidados en los desplazamientos a Madrid y en sus últimos días; y supo cumplirlos tan perfectamente que llamaba la atención a cuantos visitaban a nuestro enfermo.

No me queda sino hacer resaltar mi agradecimiento a las comunidades de Madrid. Especialmente a la S. E. I., por su colaboración y delicadezas en los días que precedieron y siguieron a la intervención quirúrgica. Y, tras el fallecimiento, a la Casa Inspectorial y Colegio de Atocha; ellos hicieron posible el encontrarnos en todo momento rodeados de auténticos hermanos y no sintiéramos ni un instante esa soledad que suelen hallar quienes en las grandes urbes se encuentran de improviso con un difunto querido.

Hermanos, al reseñar las pruebas a que quiso someter el Señor a nuestro apreciado extinto, pasa por mi mente la idea de «purgación». Estimo que a lo largo de ese período él la habrá logrado completamente. Con todo seamos generosos en nuestras oraciones por si aún las necesitara para llegar al abrazo eterno del Padre.

Quiera la Santísima Virgen interceder por él; que el misterio pascual, iniciado en él con sus primeros frutos, tenga total cumplimiento.

Pedid también por este Seminario y por vuestro afmo. en Xto. y hermano en D. Bosco.

J. NARCISO NUÑEZ
Director

Datos para el necrologio:

Sac. Justo Miranda Vázquez, nació en Barracel (Orense), el 27 de mayo de 1893; murió en Madrid, el 18 de junio de 1968, a los 75 años de edad, 57 de salesiano y 48 de sacerdote.